

INTEGRACION REGIONAL Y REORGANIZACION ESPACIAL DE LAS ACTIVIDADES PRODUCTIVAS: EL CASO DE LA PRODUCCION PESQUERA EN EL AREA DEL DELTA ENTRERRIANO

Mauricio Fernando Boivin *

Ana Rosato **

Fernando Alberto Balbi ***

En la presente ponencia nos proponemos analizar algunas transformaciones de la utilización del espacio en función productiva en el área del Delta entrerriano, vinculadas con la ampliación del mercado pesquero generada, a partir de 1992, por el proceso de conformación del Mercosur. La necesidad de generar un aumento inmediato de la productividad en ausencia de avances tecnológicos accesibles generó una reorganización del trabajo que consistió, esencialmente, en un incremento del tiempo de trabajo productivo (es decir, el tiempo dedicado a la pesca propiamente dicha) a partir de la reducción del tiempo improductivo dedicado por los pescadores a los viajes entre los sitios de pesca y los puntos de descarga en la ribera. Esta transformación supuso una reorganización de la utilización del espacio en función productiva: actividades comerciales clave que antes se realizaban en ciertos puntos de la ribera se trasladaron al Delta, y las islas experimentaron un proceso de reasentamiento de población ribereña.

La producción pesquera entrerriana hasta 1992

Dos terceras partes del territorio del Departamento de Victoria (E.R.) están constituidas por islas y anegadizos del Delta del río Paraná. Su riqueza ictícola, que se concentra en riachos y lagunas enclavados en el Delta, lo ha transformado en el principal centro de producción pesquera del Paraná. El origen del proceso productivo pesquero¹ en el Departamento de Victoria se remonta a la década del sesenta, cuando inician sus operaciones en el área varios *acopiadores*² provenientes de la provincia de Santa Fe (Balbi, 1990). Estos acopiadores entregaban *herramientas* (canoas de madera de unos 5 metros, motor naftero tipo "villa" de 8 o 12 HP, redes de nylon tipo transmallo o *tres telas*, espineles, anzuelos, etc.) a hombres de la zona que trabajaban para ellos en condición de peones. Abrieron así nuevos mercados para el potencial pesquero del área (NOA, Misiones, etc.), que hasta entonces sólo era consumido localmente o destinado a la producción de aceite de pescado.

* Profesor regular asociado, Departamento de Ciencias Antropológicas, FFyL-UBA. Buenos Aires, Argentina.

** Investigadora asistente, Conicet. Buenos Aires, Argentina.

*** Becario de perfeccionamiento, UBACyT. Instituto de Ciencias Antropológicas, FFyL-UBA. Buenos Aires, Argentina.

Ahora bien, mucha gente contaba con los conocimientos necesarios para pescar, y la tecnología introducida por los acopiadores no difería demasiado de la utilizada anteriormente en la zona (sólo suplantaba las redes de algodón por las de nylon, más resistentes, e introducía el motor en lugar de la vela y los remos). Ello permitió que un gran número de personas se volcara a la actividad de manera independiente. Los acopiadores encontraron conveniente transferir costos y riesgos a pescadores independientes que no estaban en condiciones de forzarlos a pagar las pérdidas que eventualmente se produjeran por causa de la dependencia de la actividad respecto de un recurso natural, así como desentenderse de la reproducción de las unidades productivas y domésticas de los pescadores en las temporadas en que la demanda baja y la actividad se acerca a la parálisis total. Así, la relación entre el acopiador y el pescador dejó paulatinamente de fundarse en el asalaramiento del segundo para pasar a basarse en la venta de sus productos. En este proceso intervinieron numerosos actores locales que invirtieron su capital en la compra de herramientas con las que instalaron equipos de peones asalariados, así como otros que comenzaron operar como intermediarios, relevando a los acopiadores de las tareas de organización de la producción. Este tipo de organización de la producción predominó hasta 1992.

La pesca, pues, se presentaba dividida en dos grandes procesos de trabajo: el de captura del pescado, desarrollado por pequeñas unidades productivas de carácter doméstico, y el de traslado, en manos de comerciantes que se valían de trabajadores asalariados para desarrollar su parte del proceso productivo. De un lado teníamos a los pescadores, que generalmente formaban sus equipos de trabajo (habitualmente de dos personas, aunque un hombre puede pescar solo) junto con miembros de su unidad doméstica. Del otro lado encontrábamos a los acopiadores: comerciantes, provenientes en general de la provincia de Santa Fe, que contaban -de manera exclusiva- con los medios técnicos (camiones térmicos, máquinas para picar hielo, etc.), los contactos y la capacidad de gestión necesarios para acceder a los centros de consumo. Para todas las tareas que ello requiere se valían de trabajadores asalariados: choferes que con frecuencia se encargaban también de negociar la compra del pescado y controlar su carga y descarga, y equipos locales de especialistas en su selección y carga. El propio acopiador realizaba un trabajo muy importante de negociación, estableciendo acuerdos con los proveedores de pescado, y haciéndose cargo personalmente de toda la operación en momentos críticos tales como las vísperas de Semana Santa, cuando la demanda de pescado alcanzaba su punto máximo y la competencia entre los extralocales se exacerbaba.

Entre el pescador y el acopiador se entablaba una relación de *intercambio desigual*, de extracción de plusvalor en forma de productos. El pescador, que no podía conservar fresco el pescado (no cuenta con cajones térmicos ni hielo), se veía forzado a aceptar los precios que imponía el acopiador, quien contaba con el camión térmico y el hielo necesarios para ello. En la práctica, en general, la relación era mediada por algún intermediario: un acopiador local (que se valía de sus relaciones personales con cierto número de pescadores para concentrar su producción en favor de los acopiadores extralocales, de quienes frecuentemente no era sino un empleado); la cooperativa de pescadores (una institución que nuclea a los propios productores explotados en ese intercambio desigual), u otros acopiadores que son propietarios de embarcaciones de carga de pescado (lo que les permitía adquirir pescado en la zona de islas). Los intermediarios se encargaban de coordinar las actividades de los pescadores con las de los acopiadores, asegurándose de que éstos pudieran contar con el volumen de pescado que necesitaban cada vez que se hacían presentes en la zona.³

Esta situación era, en todos sus aspectos, un resultado de la historia de la actividad que ya hemos visto: las condiciones técnicas establecidas por la aparición de los acopiadores extralocales para

el proceso de captura permitieron tanto el ingreso a la actividad de los pescadores independientes como el de intermediarios dotados de un capital propio escaso o nulo. Lo más importante aquí es que las unidades independientes que se volcaron a la captura presentaban bajos niveles de reproducción y que, dados los medios técnicos con que ingresaron a la actividad, su productividad era también baja. Este fue el hecho fundacional del proceso productivo pesquero, ya que dio lugar a una situación que se reproducía conservando su rasgo fundamental: porque los pescadores, dados el escaso valor de sus medios técnicos y la pobre productividad de su trabajo, eran incapaces de transferir o extender su actividad al proceso de traslado, el cual requería de equipos de mucho más valor; y porque, en consecuencia, se veía sometidos a un intercambio desigual que les arrebatava las que, a su juicio, debían ser sus "ganancias", dejándolos en condiciones en las que apenas si podían asegurar la reproducción de sus unidades domésticas y de las condiciones de sus procesos laborales.

La conveniencia de esta forma de organización de la producción para los acopiadores se explica en función de la composición orgánica de su capital. Al depender la producción de un recurso natural la composición orgánica del capital tiende a ser baja: el capital resulta relativamente incapaz de controlar las fuertes oscilaciones de la productividad (debidas a las características de la base natural de la actividad muy marcadas en la pesca), la que depende casi por completo de la calificación del trabajo empleado en la captura (marcadamente heterogénea). En estas condiciones (sumadas a la variabilidad estacional de la demanda), el acopiador pesquero enfrentaba riesgos que podían impedirle alcanzar niveles de productividad acordes a sus necesidades de acumulación: en conclusión, la organización indirecta de la producción les era funcional porque transfería los riesgos (y buena parte de los costos) a los productores directos. En este marco, el control directo de la captura sólo resulta conveniente cuando es masivo, es decir, cuando involucra un gran número de equipos de pesca, porque ese número reduce las pérdidas ocasionadas por las oscilaciones de la productividad y permite establecer un promedio adecuado en base a las desiguales capacidades de los peones. Sin embargo, esto requiere de una inversión considerable que no estaba al alcance de todos los acopiadores (Balbi, 1991).

Apertura del mercado externo y reorganización del proceso productivo pesquero⁴

A partir de 1992, con la apertura del mercado brasileño, se incrementa notablemente la venta de pescado de la zona, pasando de 1467 toneladas en 1991 a 4805 en 1995.⁵

En ese momento, la producción pesquera entrerriana no parecía preparada para enfrentar una expansión radical de la demanda: una tecnología estancada desde hacia 20 años, baja capacidad de inversión del capital comercial, etc. Sin embargo, dos hechos permitieron que se produjera una reorganización de las actividades que posibilitó enfrentar satisfactoriamente la nueva demanda.

En primer lugar, no fueron los acopiadores extralocales quienes se volcaron al nuevo mercado. Al contrario, **esa demanda se presenta a través de la instalación de nuevas empresas en la zona de captura -denominadas *industrias o frigoríficos-*, formadas por la asociación de capitales brasileños y argentinos** que se extienden al negocio de la pesca de río a partir de una base previa en el comercio internacional de pescado de mar. Estas *industrias*, a diferencia de los viejos acopiadores, cuentan con el capital necesario para la instalación y operación de las plantas necesarias para procesar el pescado a fin de conservarlo y prepararlo de acuerdo con las exigencias establecidas por el organismo de control sanitario (SENASA) como prerrequisito de su exportación.⁶ Asimismo, los empresarios que controlan estas *industrias* cuentan con el

conocimiento del mercado y los contactos necesarios para la exportación; de hecho, las *industrias* son el producto de esos contactos: la parte argentina maneja la captura y el procesamiento del pescado, mientras que la exportación en sí es manejada por la parte brasileña.⁷

En segundo lugar, **el "nuevo" capital pesquero encontró en las relaciones sociales de producción vigentes antes de su intervención los instrumentos adecuados para adaptar el proceso de captura a la nueva situación.** Este aprovechamiento presentó dos aspectos fundamentales.

a- Como ya se ha dicho, una de las ventajas de la organización indirecta del proceso de captura era la de permitir la transferencia a las unidades independientes de los costos de su reproducción durante los períodos en que la demanda de pescado era muy pobre o nula. El mercado interno se caracterizaba por la discontinuidad de la demanda y, en consecuencia, los ciclos productivos eran también discontinuos. Los pescadores trabajaban tres o cuatro veces por semana entre mayo y diciembre, de dos a ninguna en los meses de enero y febrero (verano) y todos o casi todos los días únicamente durante la Cuaresma y la Semana Santa. Al ser productores independientes, los pescadores debían contar con otros recursos para garantizar la reproducción de sus unidades domésticas y productivas (caza, ganadería, trabajo doméstico de mujer o hijos, etc.), ya que el capital pesquero no se hacía cargo de los períodos muertos.

Dadas estas condiciones previas, **el aumento de la demanda a partir de la apertura del mercado brasileño pudo entonces ser enfrentado, inicialmente, mediante la mera introducción de una mayor continuidad en las actividades productivas,** en el sentido de un menor y más regular espaciamiento de los ciclos productivos. Como la demanda externa es estable, los pescadores pasaron a trabajar aproximadamente un promedio de cinco días por semana durante todo el año.⁸

En suma, **existía una capacidad productiva ociosa** que no afectaba al proceso de acumulación del capital pesquero gracias al tipo de relaciones de producción predominante, capacidad que pudo ser aprovechada para abastecer el aumento de la demanda sin introducir nuevas tecnologías y, en principio, sin necesidad de introducir más fuerza de trabajo.⁹ A diferencia de lo que ocurría antes, el nuevo capital pesquero contribuye de manera estable a lo largo de todo el año a la reproducción de las unidades domésticas y productivas de los pescadores, pero esto ocurre solamente porque ahora puede aprovecharla durante todo el año. Y -un punto fundamental- no necesita hacerse cargo de esa reproducción por completo, ya que no precisa proletarizar a los pescadores para aumentar la producción: el proceso productivo sigue estando dividido en dos procesos de trabajo realizados por unidades productivas independientes unas de las otras y relacionadas a través de un intercambio desigual¹⁰, lo que permite al capital seguir pagando precios que ni siquiera garantizan la reproducción de las unidades productivas y domésticas de muchos pescadores.

b- Si bien no se introdujeron nuevas tecnologías, no se proletarizó masivamente a los pescadores, ni se intensificó el proceso de trabajo, existieron cambios en la organización de éste que contribuyeron a incrementar la productividad. En la etapa previa, dos restricciones relacionadas con el factor tiempo limitaban la productividad de los pescadores.

Ambas limitaciones resultan del hecho de que los pescadores son, en su gran mayoría, habitantes de la ciudad de Victoria, cabecera del Departamento. Antaño, una gran cantidad de isleños pescaban, vendiendo su producción a barcos de acopio -cuyos propietarios actuaban como

intermediarios, revendiéndola a los acopiadores- o acercándose hasta el puerto de la ciudad para hacerlo. Sin embargo, las grandes inundaciones de principios de la década pasada dieron lugar a un paulatino despoblamiento de las islas, donde sólo quedaron quienes se desempeñan como puesteros, cuidando del ganado llevado allí para su engorde: la mayor parte de los isleños que pescaban se unieron, poco a poco, a la gran mayoría de pescadores ribereños. En estas condiciones, y visto el hecho de que los mejores sitios de pesca se encuentran en medio del Delta, toda la organización de la producción se vio doblemente condicionada por la necesidad de que los pescadores se trasladaran diariamente a ellos.

Por un lado los viajes entre los puntos de desembarco y las zonas de captura eran realizados por los pescadores en botes de escasa capacidad de carga y dotados de motores de poca potencia, insumiéndoles varias horas (variables según los sitios de pesca elegidos por cada uno), horas que se perdían para las actividades productivas propiamente dichas.

Por otro lado, problemas relacionados con la conservación del pescado impedían a los pescadores combinar dos técnicas de pesca diferentes: el *lanceado* y el *calado* (Rosato et.al., 1987). En el primero, el pescador arroja la red allí donde detecta un cardumen y, encerrando al pescado entre las aguas bajas de la ribera y el bote, lo atrapa; en el segundo, la red se deja fija, a la espera de que el pescado quede atrapado en ella. Normalmente, los pescadores no podían combinar ambas alternativas por obra de una limitación temporal: el *calado* implica que el pescado atrapado en la red permanezca vivo hasta que se lo levanta; como esto sucede cerca de la superficie del agua, el pescado queda expuesto al sol, el cual comienza a "pudrirlo por dentro", de manera que es preciso levantarlo antes de que este proceso se inicie. Ahora bien, si un pescador deja *calado* por la noche, debe hacerlo cerca del punto de descarga, a fin de asegurarse de tener un viaje corto que le permita llegar a levantar el pescado antes de que se eche a perder. Esto supone, sin embargo, privarse de pescar en los mejores sitios, generalmente alejados del puerto. Si, en cambio, el pescador opta por *lancear* en los mejores sitios, debe privarse de *calar* por la noche, porque no podría evitar que el pescado se pudriera durante las horas de espera en la red (y, una vez eviscerado, durante las horas dedicadas a *lancear* y al viaje de regreso). Todo esto resulta del hecho, ya mencionado, de que el pescador carece de los medios técnicos necesarios para conservar el pescado por un lapso prolongado: las técnicas de conservación, en efecto, se limitan a eviscerar y lavar al pescado, colgarlo (en pares) de ramas colocadas transversalmente en el bote y cubrirlo con hojas para protegerlo del sol.

Evidentemente, pues, estas limitaciones de la productividad se relacionan con el nivel de la tecnología empleada (botes y medios de conservación). Sin embargo, ellas podían ser superadas sin necesidad de introducir tecnologías más productivas, y la única razón por la que esto no se produjo antes de 1992 fue la de que la demanda no era lo bastante alta como para hacerlo necesario. Analizaremos primero las transformaciones, para luego considerar la forma en que fueron producidas.

Las dos limitaciones mencionadas aparecen, en principio, como limitaciones temporales: el pescador pierde tiempo de producción porque debe viajar hasta el sitio de pesca, y no puede combinar las técnicas de *lanceado* y *calado* porque utilizar una implica no contar con el tiempo necesario para emprender la otra. Sin embargo, de hecho, **ambas formas de escasez de tiempo resultan, dadas las relaciones producción y el nivel de desarrollo tecnológico existentes, de la organización espacial de las actividades productivas.**

Contemplemos el tiempo de viaje. Los viajes son inevitables, pero no es imperativo que los pescadores sean quienes se hagan cargo de ellos. Existe otra posibilidad: la de que los pescadores permanezcan en los sitios de pesca dejando el traslado del producto en manos de los barcos de acopio. Ello supone desplazar espacialmente el acto que vincula a las unidades productivas de los pescadores y los acopiadores: la compra-venta del pescado. Tal desplazamiento significaría una

reducción del tiempo de trabajo improductivo para los pescadores, quienes podrían disponer de más tiempo para pescar; permitiría, además, que el volumen de pescado transportado en un sólo viaje ascendiera a varios miles de piezas¹¹; finalmente, la permanencia de los pescadores en los sitios de pesca les permitiría *calar* por la noche y durante las pausas en el trabajo (almuerzo, etc.) sin por ello verse obligados a renunciar a *lancear*. En suma, si los pescadores se encontraran permanentemente en las islas en lugar de habitar en tierra firme, la productividad aumentaría marcadamente.

Y, en efecto, a partir de 1992 se incrementó la participación -de larga data- de los barcos de acopio, que antes se limitaban a recorrer la zona de islas comprando pescado a los -cada vez más escasos- isleños. En los últimos años se adoptó un tipo de organización diferente: los pescadores se instalan en grupos en las islas durante varios días, dedicándose exclusivamente a la pesca, mientras que los barcos pasan regularmente a buscar la captura para llevarla a tierra firme.

La transformación en la organización de las actividades de captura resultó, en suma, de un desplazamiento espacial del acto constitutivo fundamental del proceso productivo: la venta de pescado del pescador independiente al intermediario. Este desigual intercambio, que antes ocurría en el puerto de la ciudad, pasó a producirse en los sitios de pesca. **Los intermediarios concentraron y aceleraron el traslado del pescado, permitiendo a los pescadores reducir la proporción de tiempo de trabajo improductivo.** Se liberó, de esta forma, una capacidad productiva que antes estaba ociosa por la sencilla razón de que no había provecho alguno en explotarla.

Este desplazamiento espacial del acto que vincula a las distintas unidades productivas que desarrollan las diferentes etapas de la actividad pesquera generó una modificación general de la distribución espacial de las actividades. En marcado contraste con el movimiento creciente en zona de islas, el puerto de la ciudad de Victoria vio bajar el nivel de actividad. Por un lado, los pescadores ya no llegan con sus botes a entregar el pescado a los camiones, sino que son los barcos los que lo hacen, lo que supone un menor movimiento de gente en el lugar. Por otro lado, mientras el nivel del río permanece lo suficientemente alto, los barcos no descargan en el puerto sino en otro lugar de la ribera, más cercano a los sitios de pesca, reduciendo así el tiempo de viaje.

Finalmente, el espacio isleño comenzó a ser revalorizado como un lugar donde vivir en forma permanente. El reasentamiento de población, inicialmente precario y limitado a los días hábiles, tendió luego a ser permanente. La consolidación del nuevo sistema garantizaba una demanda de pescado continua en la zona de islas, lo que permitió que muchas familias se trasladaron a las islas, donde pueden combinar la pesca y la caza de nutrias y, a la vez, generar un ahorro considerable al producir buena parte de sus alimentos.¹² **Como consecuencia de la reorganización de la producción pesquera, en suma, las islas, paulatinamente abandonadas durante la década precedente, comenzaron a ser repobladas.** Esto generó, a su vez, una mayor presencia de las instituciones estatales en ellas: por ejemplo, se produjo la reapertura de una escuela que había dejado de funcionar a fines de la década pasada, y se inauguró una escuela flotante.

¿Cómo fueron producidas estas transformaciones?. En primer lugar, a través del aprovechamiento de cierto capital disponible localmente. **Los barcos de acopio ya operaban en el área; las empresas exportadoras, simplemente, se asociaron con sus propietarios evitando invertir un capital extra para introducir la nueva forma de organización del trabajo.** En segundo lugar, la reorganización se hizo a través de las relaciones de producción vigentes anteriormente, sea porque las nuevas empresas las adoptaron desde un principio, sea

porque optaron por no tratar directamente con los pescadores, dejando que los intermediarios locales organizaran el proceso de captura en su beneficio. Esto permitió, además, mantener el sistema de intercambio desigual -como ya vimos-. Permitió, asimismo, que las transformaciones no generaran mayores conflictos. Al ser los pescadores productores independientes, la decisión final de aceptar o no las nuevas modalidades está en sus manos. En cambio, si se hubiera generalizado el control directo de la captura por parte de las *industrias*, los pescadores proletarizados se hubiesen visto forzados a trabajar según las nuevas condiciones más aptas para el capital, lo que hubiese supuesto un potencial de conflictos mucho mayor. Por otro lado, las relaciones capital/trabajo en la pesca están fuertemente personalizadas, fundamentalmente a través de la participación de los intermediarios locales (los acopiadores locales, la cooperativa de pescadores, y los propietarios de barcos de acopio) que se hacen cargo del trato cara a cara con los pescadores (Balbi, 1995). Estas relaciones involucran intercambios de favores recíprocos, lazos de parentesco y de amistad y vecindad, y es a través de ellas que las actividades de los pescadores son controladas y organizadas según las necesidades de los acopiadores que controlan el mercado interno y, en los últimos años, de las empresas exportadoras. Ello permite que las diferencias de intereses sean manejadas y controladas a través de la manipulación de los lazos personales, lo que mantiene bajo el nivel de conflictos.

Finalmente, la reorganización de la captura se produjo velozmente porque el patrón adoptado en modo alguno constituía una novedad para los pescadores y los intermediarios. En efecto, la forma en que se respondió a un aumento permanente del nivel de demanda fue la misma que se empleaba antes de 1992 para responder a sus aumentos coyunturales. El consumo interno de pescado tiene su pico durante el período que abarca la Cuaresma y la Semana Santa, cuando la demanda se acelera y los acopiadores compiten por el pescado ofreciendo precios superiores a los habituales. Entonces, hasta 1992, era común que pescadores e intermediarios adoptaran una serie de prácticas dirigidas a implementar la capacidad productiva ociosa durante el resto del año (Balbi 1994). Estas incluían pescar los siete días de la semana y, fundamentalmente, la instalación de los pescadores en islas para *lancear* y *calar* sin interrupciones, entregando su producción a los barcos.¹³ En este sentido, de hecho, es importante advertir que **la transformación del proceso de captura no fue tanto una iniciativa de las *industrias* como una respuesta al incremento de la demanda por parte de los actores locales -pescadores e intermediarios-, quienes reorganizaron sus actividades productivas de manera de liberar una capacidad productiva hasta entonces ociosa.** Esto fue particularmente visible en el hecho de que muchos pescadores decidieran, una vez asentado el sistema, trasladar a sus familias a las islas. Si los *frigoríficos* no ejercieron desde el primer momento un control directo de las actividades de captura del pescado, si no invirtieron en botes, redes y salarios para formar equipos de pesca propios, fue, en última instancia, porque encontraron a nivel local determinadas condiciones que hicieron que ello no fuera necesario ni conveniente.

A manera de conclusión

El proceso de integración argentino-brasileña tuvo en el repoblamiento de la zona de islas del Departamento de Victoria una consecuencia inesperada. El mercado brasileño se abrió efectivamente a la producción local merced al ingreso de empresas que se superpusieron -y en cierto sentido desplazaron- a los acopiadores tradicionales, quienes no hubiesen sido capaces de

expandir sus actividades a la exportación. Y la posibilidad de abastecer efectivamente la nueva demanda no requirió de una proletarización masiva de los pescadores ni de la introducción de nuevas tecnologías de captura porque existía una capacidad productiva ociosa que los propios pescadores e intermediarios locales pudieron poner en juego cuando ello fue necesario. De allí, pues, que la reorganización de las actividades de captura fuera una tarea realizada fundamentalmente por sus propios protagonistas, y de allí también que ella no supusiera la modificación del tipo de relaciones sociales de producción en que se funda. Este hecho es, en última instancia, el que da cuenta de la reversión del proceso histórico de abandono de las islas del área.

BIBLIOGRAFIA

BALBI, F. 1990: "Desarrollo y reproducción de una forma de producción no empresarial: el caso de los pescadores del área del Paraná entrerriano", en *Cuadernos de Antropología Social*, vol. 2, No. 2. ICA-Secc. Antropología Social, FFyL-UBA. Buenos Aires.

BALBI, F. 1991: "Relaciones. Pequeña producción pesquera, renta del río y composición orgánica del capital". Informe final, Beca de investigación UBACyT. Buenos Aires. Inédito.

BALBI, F. 1994: "La *mordida*: el intercambio desigual a contraluz". Ponencia IV Congreso Argentino de Antropología Social. Buenos Aires. Inédito.

BALBI, F. 1995: "Las paradojas de la regularidad. Algunas consideraciones en torno al papel de los intermediarios en el proceso productivo pesquero del área del Delta entrerriano", en TRINCHERO, H. (ed.): *Producción doméstica y capital*. Biblos, Buenos Aires.

BOIVIN, M. 1991: "Estudio integral sobre las características y el aprovechamiento de la fauna ictícola en la zona de islas del Departamento de Victoria, Entre Ríos, Argentina". Informe técnico presentado al Consejo Federal de Inversiones.

BOIVIN, M., A. ROSATO y F.A. BALBI 1996: "Nuevos mercados, ¿viejas relaciones?: dos actividades primarias de cara al Mercosur". En: *Estudios Pampeanos*. En prensa.

ROSATO, A. et. al. 1987: "Proceso productivo y procesos de trabajo en la actividad pesquera: el caso de los pescadores ribereños del Paraná entrerriano". Informe de avance, PIA 1049 - CONICET. Buenos Aires. Inédito.

NOTAS

1- Entendido en el sentido de todas las actividades necesarias para que el pescado fresco llegue a los consumidores, sean estos finales o industriales. El mercado interno para la producción pesquera de la zona se concentra fundamentalmente en el NOA y la provincia de Misiones

(Balbi, 1990). La especie de mayor importancia económica es el sábalo (*prochilodus platensis*). Para información respecto del recurso véase Boivin, 1991.

2- Término aplicado por los actores a los individuos que desarrollan actividades comerciales en el proceso productivo pesquero.

3- Para un análisis detallado de la operación de los intermediarios, véase: Balbi, 1995.

4- Hemos analizado algunos aspectos de estas transformaciones, comparándolas con los efectos del proceso de integración sobre la actividad avícola entrerriana, en: Boivin, Rosato y Balbi, 1996.

5- Aunque los datos cuantitativos disponibles no lo especifican, el aumento de la demanda se centró en el sábalo.

6- Una planta con capacidad para procesar 15 toneladas diarias de pescado fresco requiere de 350.000 \$ para su instalación. Por otro lado, el nivel de control estatal de las actividades de exportación es muy superior al ejercido sobre el mercado interno, lo que supone cargas impositivas, pago de salarios en blanco (hay un promedio de 25 operarios por planta), aportes previsionales, etc. Todo esto supone un nivel de inversión que escapa a las posibilidades de los acopiadores. Uno sólo de ellos contaba con una planta de características adecuadas, la cual alquilaba a la Municipalidad de la ciudad de Diamante (E.R.); este acopiador se asoció con una empresa brasileña y con un estudio contable de la ciudad de Paraná para participar del negocio de la exportación.

7- Acostumbrados a realizar sus compras en forma directa a pescadores o intermediarios y a distribuir el pescado directamente a las pescaderías del NOA, la capacidad gerencial de los acopiadores tradicionales se basaba en el manejo de relaciones personales. En modo alguno se encontraban preparados, desde este punto de vista, para el negocio de la exportación.

8- A fin de evitar el pago de horas extras a sus operarios, las *industrias* no trabajan durante los fines de semana.

9- En la medida en que trabajan más días por año, muchos pescadores han logrado cierta acumulación a pesar de que la desigualdad en las condiciones de intercambio no ha desaparecido. Esto ha permitido a algunos de ellos adquirir *herramientas* y contratar peones, lo que ha supuesto una cierta incorporación de fuerza de trabajo a la actividad. Sin embargo, se trata de un fenómeno limitado que, sin lugar a dudas, no es una condición necesaria de la adaptación de la producción pesquera a la actual coyuntura del mercado.

10- Es menester aclarar que hoy en día los pescadores de la zona siguen abasteciendo a los acopiadores tradicionales. Sin embargo, ellos ya no controlan el mercado, puesto que la demanda para la exportación es muy superior a la que ellos representan. Esto se ha reflejado, por ejemplo, en un aumento general del precio del pescado que los acopiadores no pudieron evitar, en agudo contraste con la situación anterior, en la que ellos tenían un control absoluto de los precios que sólo se debilitaba durante la Cuaresma y Semana Santa cuando, precisamente, aumentaba la demanda (Balbi, 1994).

11- La capacidad de carga de sus botes es pequeña, llegando en los mejores casos a algunos cientos de sábalos.

12- Este proceso ha sido posibilitado, por una parte, por el hecho fortuito de que no ha habido crecidas importantes del río desde 1991. Por otro lado, la dedicación de los pescadores a la caza es un indicio de su independencia respecto de intermediarios, acopiadores e *industrias*: si los pescadores fueran asalariados contarían con una menor libertad para combinar actividades productivas. En este sentido, el mantenimiento de la modalidad antigua de organización de la captura se reveló, una vez más, funcional a los intereses de las industrias.

13- Alternativamente, algunos pescadores se asociaban para asentarse en islas enviar periódicamente a uno de ellos con un par de botes a entregar su carga en el puerto. Esta opción suponía evitar la intermediación para obtener mayores precios sacrificando la capacidad de trabajo de uno de los socios durante algunas horas al día.

TABLA

| Año | 1990 | 1991 | 1992 | 1993 | 1994 | 1995 |
|------------------|------|------|------|------|------|------|
| Toneladas | 1163 | 1467 | 1579 | 3842 | 3645 | 4805 |

Fuente: Comisión de Puertos de Fiscalización, Victoria, E.R.